

La calle para el viernes 31 de octubre de 2008
Diario de un espectador
Añil, en Lenguaraz
Miguel ángel granados chapa

Si en México hay pocos lectores es porque falte material de lectura. Aunque no siempre perseveren, con frecuencia aparecen editoriales y publicaciones periódicas con el propósito de generar interés en quienes buscan qué leer. Ese es el caso de *Lenguaraz*, una empresa fundada en 2005 que en estos primeros tres años de su existencia ha producido quince números de una revista trimestral con el mismo nombre, *Lenguaraz*, que como bien saben quienes nos leen, significa hablantín, alguien dado a decir lo que piensa (y también lo que simplemente se le ocurre).

En las aproximadamente 750 páginas de los números de esa revista (fechadas con el nombre de las estaciones, como corresponde a una publicación que aparece cuatro veces por año) abundan los materiales de calidad e interés, obtenidos por los editores merced a una convocatoria permanente para hallar nuevos autores e ilustradores (pues el diseño gráfico es piedra angular de *Lenguaraz*) o encargados a ciertos escritores que forman parte de su equipo.

Para ofrecer a nuestro público una muestra de los textos de esta revista, escogemos uno de Laia Jufresa, titulado Azulañilvioleta, así con las cuatro palabras unidas sin espacio. El relato-reflexión parte de proponer la preocupación familiar por la memoria y la práctica de ejercicios nemotécnicos, para estimular y activar a capacidad de registro y recuperación de información. Uno de esos mecanismos es la cantaleta, para recordar a base de ritmo:

“Estaban las preposiciones, los planetas, los abecedarios, los siete colores del arcoiris. Sería en primero de primaria: la maestra extrajo un prisma o un espejo, y elaboró la magia de descomponer la luz. Luego nos hizo repetir muchas veces: rojo naranja amarillo verde azul añil y violeta. Una cantaleta no se piensa, uno arranca y no para: a ante bajo cabe con...uno jamás se detiene so pretexto de que qué raro suena esta preposición. Bajo el arco, a medio vuelo entre la lluvia y el cielo, uno no se pregunta qué carajos es el añil. ¿Qué carajos es el añil? El diccionario, como la maestra, propone: tonalidad que se encuentra entre el azul y el violeta en el espectro solar. Wikipedia enfatiza: ‘el añil corresponde a una longitud de onda de la luz de 4500 a 4750 Å’. Es a mi no me dice nada. Nada. Insisto en Internet. Hay una revista, una disco, una plaza. Añil también es un nombre de mujer. Y un pescado comestible. Y una planta que tiñe. Es el color del sexto chakra y se le otorgan virtudes curativas. Ok, pero ya en serio, ¿es morado o es azul?. Le pregunto a la gente y no saben decirme. ‘Es añil?’, contestan los más picudos. Y entonces me invade la angustia de lo indefinible. Me preocupo por el añil, tan incomprendido. Todo en él remite a la acción misma del plañido. Está agobiado y perdido y no lo entiende nadie. Tiene complejo de sándwich. Su hermano mayor es la tristeza, acuña las saudades anglófonas mejor musicalizadas. Y su hermana menor posee la virtud de calentar el mundo y quemar la piel. Cómo no va el añil a doblarse, atorado para siempre entre semejantes eminencias. Y es por eso que el añil hace presencia sólo algunas tardes, cuando ha parado de llover y el sol sale. Luego se agota, o se esconde, se apacigua. Es la tonalidad de la timidez. El añil es el menos pretencioso de todos los colores; sólo él hace honor a lo que un color es. Con humildad, el añil sabe que sólo existe como la sensación producida por cierta longitud de onda en los ojos de alguien. Nada más. El añil se da y no se expande: se sabe efímero. Es un color para quien tenga echada a perder la memoria. Se pierde en la noche y se le recuerda hasta el próximo arcoiris. Defino: el añil es una carretera torcida, trazada por impulso en el mapa de lo que habremos de olvidar”-